

DISCURSO INAUGURAL

**CATEQUESIS E IGLESIA DEL FUTURO
HACIA LA CATEQUESIS DEL
TERCER MILENIO**

S.E.Mons. Crescenio Sepe
(Secretario de la Congregación para el Clero)

Excelencias

Estimados Catequistas: Sacerdotes, Religiosos, Laicos

Señoras y Señores:

Es con mucho placer que, a nombre también del Eminentísimo Cardenal Prefecto de la congregación para el Clero, tomo la palabra en este Congreso Internacional de Catequesis, organizado por la Arquidiócesis de Sevilla para recordar el V Centenario del descubrimiento y de la Evangelización de América.

Agradezco al Excelentísimo Arzobispo de esta Arquidiócesis y a los Organizadores del Congreso por la invitación dirigida a la Congregación para el Clero, y manifiesto un deferente saludo a todas la Autoridades eclesiasísticas y civiles presentes en este auditorio, de manera particular al Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico.

El tema seleccionado: "Catequesis e Iglesia del futuro. Hacia la catequesis del tercer milenio" es más que nunca actual y sugestivo por la posibilidad que ofrece de abrir alguna perspectiva sobre la catequesis del tercer milenio. Y propiamente, por este motivo, es un tema delicado y difícil.

El panorama del milenio que está por terminar coloca en evidencia numerosos y diversificados problemas puestos a la catequesis, además de los cambios y renovaciones verificados, ya a partir del 1500. Sobre todo en los últimos 50 años de este siglo se pueden documentar innumerables propuestas de renovación en la catequesis. El ritmo acelerado con el que estas propuestas se han dado es tal que no permite la formulación de eventuales hipótesis sobre el futuro inmediato de la catequesis, aún limitadas a las primeras décadas del próximo milenio.

Sin embargo, desde otro punto de vista, no es sólo presunción el hecho de

que los estudiosos de catequética deseen reflexionar sobre la catequesis del próximo milenio. Al contrario, me parece un irrenunciable deber. Es muy delicado lo que está en juego, porque se trata de la transmisión de la fe a la próxima generación, en el contexto de un mundo profundamente cambiado respecto a aquel del milenio precedente. En muchos de nuestros contemporáneos existe el convencimiento que el paso hacia el tercer milenio coincide con el inicio de una nueva fase en la historia de la humanidad, de la Iglesia y de la evangelización. Y los acontecimientos de estos últimos años, empezando sobre todo desde el 1989 constituyen la confirmación de ello. Hoy, nuestra situación de evangelizadores presenta una cierta semejanza con aquella de San Pablo que emprendió el anuncio del Evangelio en el mundo pagano, griego y latino, y debió enfrentar enormes problemas que no se habían planteado a los cristianos provenientes del mundo hebreo.

Podemos también pensar en las preocupaciones de San Agustín, cuando se dio cuenta que la civilización romana se estaba acercando a su ocaso y otra nacía, llena de incertidumbres, de nuevos pueblos, de nuevas religiones y de nuevos desafíos. Para los cristianos después de Pablo, como para aquellos después de San Agustín, se necesitaron siglos, antes de lograr implantar sólidamente el Evangelio en las nuevas realidades humanas y culturales.

Parece que sea legítimo el preguntarse si cualquier cosa semejante se esté verificando también hoy. El régimen de cristiandad social y cultural que el Occidente ha conocido por siglos está en crisis. Las jóvenes iglesias de África y América Latina llegaron a convertirse en una inmensa realidad, siendo sus problemas de igual modo complejos. Todos conocen, además, la difícil y precaria situación político-religiosa del inmenso continente asiático. De todos modos, la escena mundial está ocupada por diversos millones de seres humanos, pertenecientes a religiones no cristianas que no han sentido todavía el anuncio evangélico. Como consecuencia, la acción catequística no puede prescindir de la obra evangelizadora, antes bien debe caminar simultáneamente con ésta.

En tal perspectiva la primera constatación que hay que hacer es que el contexto en el cual hoy el Evangelio debe ser anunciado y la fe debe ser transmitida, está profundamente cambiado respecto al contexto de ayer. Desde algunas décadas vivimos en un mundo en el que los problemas y los eventos de cualquier pueblo y lugar son conocidos en tiempo real en todas las partes del mundo. Las diversas culturas están siempre en contacto entre sí. El pluralismo cultural y religioso es un hecho actualmente presente en todas partes. El papel de la secularización en la realidad del mundo civil y político, como en aquel de las ciencias y de la tecnología es fuertemente dominante. Muchísimos bautizados viven inmersos en esta realidad secularizada y pluralista y en la misma deben dar su propio testimonio evangélico.

Este es, a grandes rasgos, el cuadro de referencia - ampliamente conocido

por todos nosotros - que sirve de fondo para poder situar algunas reflexiones sobre la catequesis. Mi intervención - como se comprenderá - no pretende situarse sobre el plano metodológico y técnico, que es competencia de los estudiosos y expertos en catequética. Deseo colocarme, más bien, en el plano de la pastoral catequística. Me refiero en particular a la catequesis eclesial, dejando de lado consideraciones de la vasta problemática de la enseñanza de la religión en las escuelas. Además, no teniendo la posibilidad de abordar todos los grandes problemas que a nivel mundial se ponen a la catequesis, estimo oportuno llamar la atención sobre aquellos que se plantean con mayor urgencia, sobre todo en el mundo occidental, teniendo siempre una importancia vital también para los otros contextos culturales.

Las reflexiones que siguen desean ser, más directamente, una contribución para la profundización de aquella instancia de la "nueva evangelización", propuesta en referencia a la celebración del V Centenario de la Evangelización de América Latina.

1. PREOCUPACION POR EL ACTO DE FE

Contrariamente a una cierta impresión que podría ser suscitada por la inminente publicación del "*Catecismo de la Iglesia Católica*", existen motivos para sostener que el primero y más urgente problema de la catequesis en muchos lugares y países no es el conocimiento doctrinal de la fe, sino el hecho mismo de la fe, o sea el *acto de fe*: el hecho de creer en Dios y de creer en Jesucristo. La práctica de la catequesis, tal y como es concebida desde algunos siglos, presupone al menos una base mínima del anuncio de Jesucristo, una base mínima de conversión y de adhesión de fe al Evangelio de Jesucristo (DCG 18; CT 19).

El hecho es que hoy muchos niños y adolescentes vienen a los encuentros de catequesis, sin que hayan estado evangelizados y tengan la base mínima e indispensable de fe en Jesucristo y de inicial conversión, que tradicionalmente es pedida por la catequesis de iniciación cristiana. Muchos no han tenido una auténtica experiencia de fe y de vida cristiana en la familia. Obviamente no la pueden tener en el ambiente secularizado y pluralista en el cual viven. Para algunos Jesucristo es el totalmente desconocido...La pedagogía del acto de fe exige por tanto, sobre todo en los adolescentes y en los adultos, un esfuerzo apoloético que permita liberar sus mentes de una serie de objeciones y prejuicios que ellos reciben en la escuela, de los medios de comunicación y, en general, del ambiente socio-cultural en el cual viven hoy.

Ahora el reconocimiento de este preocupante fenómeno real no debe inducirnos a afirmaciones retóricas que hablan muy genéricamente de masas y de continentes "*sacramentalizados pero no evangelizados*". De todas maneras no podemos ignorar que en los encuentros de catequesis nos encontramos

frecuentemente cara a cara con un mundo no cristiano, con sujetos bautizados pero no evangelizados, ni aún a nivel inicial. Ya en 1971 el *Directorio Catequístico General* subrayaba: "Lo cierto es que la situación real en que encuentra un gran número de fieles pide alguna forma de evangelización antes de la catequesis" (DGC 19).

En otras palabras, la catequesis de las próximas décadas no podrá dar por descontado que las personas que frecuentan los encuentros de catequesis sean ya realmente creyentes en Jesucristo. Antes bien, la primera preocupación deberá ser que todos los participantes puedan acceder a la fe en Jesucristo. Es por esto por lo que tendrá que preocuparse intensamente del anuncio del mensaje evangélico, que habla del amor salvífico de Dios y llama al hombre a creer en Jesucristo y a adherirse al Evangelio.

Desde hace ya varias décadas este gran problema ha estado señalado y analizado por revistas de catequesis y pastoral. El problema sustancialmente ha estado reconocido también en los grandes documentos catequísticos de la Iglesia, pero no por este hecho se puede decir que esté ya resuelto. Me sean permitidas recordar brevemente, en relación a esto, algunas ideas del Directorio Catequístico General (1971) y de la *Catechesis Tradendae* (1979).

Después de haber dicho que "La catequesis de suyo supone una adhesión global al Evangelio de Cristo, propuesto por la Iglesia" (DCG 8), el Directorio Catequístico General reconoce que hoy, con mucha frecuencia, la catequesis "se dirige a personas que, si bien pertenecen a la Iglesia, de hecho nunca tuvieron una verdadera adhesión personal al mensaje revelado" (DCG 18).

Por esto la catequesis deberá acentuar mucho la preocupación de que los participantes puedan llegar a la fe en Jesucristo. Ella no deberá solamente retomar los contenidos del mensaje evangélico -como le es exigido a una auténtica catequesis-, sino que también debe hacer resonar este mensaje, sobre todo en vista de la conversión y a la adhesión a Jesucristo. El Directorio Catequístico General concluye:

Esto significa que la evangelización puede preceder o acompañar, según las circunstancias, a la catequesis propiamente dicha. En todo caso se debe recordar que la conversión es un elemento necesario en el dinamismo de la fe, y por lo tanto la catequesis, cualquiera sea su forma, debe incluir de alguna manera la evangelización (DCG 18).

La exhortación apostólica "Catequesis Tradendae" (1979) retoma la misma idea, hablando de la relación entre "*Catequesis y primer anuncio de la fe*" (CT 19). También este documento toma cuenta del hecho que "a veces la primera evangelización no ha tenido lugar" (CT 19). Entre las múltiples razones vienen recordadas algunas: falta de educación cristiana en el ámbito familiar; prejuicios en el ambiente familiar; "*espíritu positivista de la educación*"; niños

no bautizados; padres que “*aceptan ya demasiado tarde la educación religiosa*” (CT 19).

Está además el fenómeno típico del mundo occidental, esto es que

muchos preadolescentes y adolescentes, que han sido bautizados y que han recibido sistemáticamente una catequesis, así como los sacramentos, titubean por largo tiempo en comprometer o no su vida con Jesucristo, cuando no se preocupan por esquivar la formación religiosa en nombre de su libertad(CT 19).

Todo esto tiene como consecuencia, afirma Catequesis Tradendae, que la

Catequesis debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitara continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir los corazones, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en los umbrales de la fe. Esta preocupación inspira parcialmente el tono, el lenguaje y el método de la catequesis (CT 19).

Hoy, toda persona que tiene familiaridad con la práctica de la catequesis en las parroquias o en las escuelas católicas, se da cuenta que el problema no tiene que ver con algunos casos excepcionales. Se trata por el contrario de una situación ampliamente difundida.

Qué es aquello que en concreto debemos hacer para resolver este problema no es fácil de decirlo. Obviamente es necesario anunciar el Evangelio. El problema está sin embargo en qué modo y en qué sentido ésto sea factible en el contexto de la catequesis. Existe acá un gran ámbito de búsqueda para la reflexión catequética. Se me permita, a modo de ejemplo, el referirme a la Iglesia en España, la cual desde hace algunos años desarrolla una obra de búsqueda y reflexión sobre la catequesis *fundante y misionera* de los bautizados que están alejados de la vida de la Iglesia, como bien se evidencia en los dos documentos publicados por la “*Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis*” sobre “*Catequesis de la Comunidad*” (1983) y “*Catequesis de Adultos*” (1991).

2. CATEQUESIS COMO ESCUELA DE CRISTIANISMO

En la última década es mucho lo que ha estado dicho y lo que se ha escrito en relación a la catequesis de adultos. El problema es importante e ineludible, si se desea asegurar la transmisión de la fe a una nueva generación.

Esto sin embargo no debe inducirnos a cerrar los ojos frente al hecho evidente de que hasta el presente la mayor parte de los esfuerzos catequísticos de la Iglesia han estado dirigidos hacia los niños y, en medida sustancialmente inferior, hacia los adolescentes.

Ahora esta catequesis de los niños y de los adolescentes, que funciona como elemento sustancial de la iniciación cristiana, en su aplicación concreta parece resaltar tres grandes interrogantes que implican la responsabilidad del catequista. Ellos emergen de inmediato cuando se considera el catecumenado de los adultos como modelo de toda catequesis.

a) Con frecuencia la actual catequesis de los niños es una catequesis en la que el aspecto de "conversión" está casi del todo ausente. También la conversión es un elemento absolutamente constitutivo de la vida cristiana. Para llegar a ser cristiano no basta con asimilar nociones de doctrina cristiana o adquirir conocimiento teológico, aunque también este aspecto es importante. Es necesario convertirse. Es necesario cambiar modos de pensar y de ser frente a Dios y de frente al prójimo. Se necesita acoger el proyecto de Dios, entrar en él, creer en Jesucristo y reconocerlo como Señor, y adherirse a su Evangelio. La conversión implica una opción personal y consciente hacia Jesucristo.

b) En la mayoría de los casos, la catequesis que los jóvenes frecuentan en la Iglesia termina con el sacramento de la confirmación -siendo muchos los que la han abandonado después de la primera comunión-. Para muchos niños con la confirmación termina también el período regular de un contacto con la Iglesia. Y esto representa un problema muy serio. No se trata de la simple participación en la misa dominical, sino de la real y personal pertenencia a una comunidad cristiana. La inserción en la Iglesia, *o sea la participación activa en la vida de la comunidad de creyentes, no funciona como debería funcionar.*

Este hecho tan ampliamente difundido de jóvenes que, después de la primera comunión o después de la confirmación, se separan casi totalmente de la comunidad cristiana y de la celebración de la fe en ella, nos hace reflexionar sobre la vulnerabilidad de la catequesis, cuando la misma no está adecuadamente asegurada por otros factores esenciales a la transmisión de la fe. Para remediar este problema es tal vez necesario que la actividad catequística sea mucho más sentida como corresponsabilidad de toda la comunidad creyente y no sólo como una actividad singular y aislada confiada a cualquier catequista voluntario. Sin una mayor participación de muchas fuerzas vivas de la comunidad cristiana y un más intenso encuentro intergeneracional, será difícil aportar cualquier mejoría a esta preocupante situación.

c) La catequesis -en el sentido de actividad catequística organizada por la comunidad cristiana y centrada sobre la enseñanza de la doctrina cristiana- no debería estar jamás separada de una auténtica "*escuela de vida cristiana*". Aislada de la comunidad, de la oración y de la celebración de la fe, de la práctica de la caridad y del compromiso hacia el prójimo, la catequesis por sí sola no puede asegurar la transmisión de la fe a una nueva generación de cristianos. Esta sin duda es un elemento importante y fundamental en el proceso de transmisión de la fe; pero su eficacia depende en gran parte de la contemporánea presencia

de los otros factores: de la experiencia de fe y de la vida cristiana, sobre todo en el ámbito de la familia; de la educación en la oración y en la celebración de la fe; de la experiencia de la comunidad cristiana; de la práctica concreta de la vida cristiana en los principales contextos de la vida. Esta idea ha estado fundamentalmente enfocada en el documento conciliar *Ad Gentes*, en referencia al catecumenado de los adultos (AG 14). La ha retomado después el *Directorio General de Catequesis* (129-130) y el *Ordo Initiationis Christianae Adultorum* (1972: Praenotanda). (Cfr. Rito de la iniciación cristiana de los adultos, ed.ital.1978. Introducción General).

3. CENTRALIDAD DEL MISTERIO DE DIOS Y DE JESUCRISTO EN LOS CONTENIDOS

Uno de los grandes problemas de la catequesis, que deriva de la cultura contemporánea, es el hecho de que las expectativas de mucha gente en referencia a la religión y a la fe tienen con frecuencia un carácter notablemente secularizado. Esto se manifiesta, entre otras cosas, por el hecho de que algunos núcleos centrales del Evangelio, como la Gracia, el perdón de los pecados, la esperanza en la vida eterna... están bastante eclipsados en la mentalidad de muchas personas. El contenido de la revelación, esto es, los grandes eventos de la historia de la salvación y, en primer lugar, el evento por excelencia que es Cristo mismo y su misterio, están escasamente presentes y poco estimados. Muchos desearían una religión sin dogma. La fe cristiana es vista, principalmente, como empeño ético, sobre todo como empeño por la justicia y la paz. En muchísimos contemporáneos existe un notable escepticismo en relación con el más allá y la vida eterna.

Ahora bien, nadie puede poner en duda que la fe cristiana esté esencialmente unida a la práctica de los mandamientos y del amor al prójimo y que la catequesis debe enseñar la práctica de la justicia, como parte esencial de la presencia cristiana en el mundo. El problema está en que la fe cristiana no es reducible a la ética o a la práctica de la justicia social. Su centro es Cristo Salvador, la Gracia, la Reconciliación, el Perdón de los pecados, la llamada a ser hijos adoptivos de Dios... Su contenido no viene inventado por el hombre, ni descubierto por la experiencia común, ni es reducible a particulares situaciones socio-culturales ni es fruto de ellas, sino que nos viene dado por la revelación del amor salvífico de Dios en Jesucristo. Anunciar y enseñar esta realidad central del Evangelio se vuelve una misión ardua y difícil en el mundo de hoy.

Viene espontáneamente el preguntarse si la catequesis de los próximos decenios, sin olvidar el testimonio, el empeño por la justicia y la paz, la experiencia cristiana de la comunidad, la experiencia humana de la juventud..., no deberá ser quizás más esencial y directa: el anuncio de Jesucristo, de su misterio, de la relación personal del creyente con El y de su mensaje salvífico, la enseñanza humilde y paciente de la historia de la salvación y de su autorizada

interpretación, ciertamente en diálogo con la vida y la realidad del hombre de hoy. Propiamente el humilde servicio catequístico - con frecuencia poco apreciado - podría revelarse de vital importancia para el futuro de la fe. Debería hacer reflexionar el dato que, en algunos países, en los cuales este servicio específicamente catequístico es olvidado, la Iglesia se encuentra en una profunda situación de crisis.

4. CONTEXTO MULTICULTURAL Y MULTIRRELIGIOSO

En estos últimos tiempos se habla mucho de la necesaria inculturación de la fe y de la catequesis. Entre otras iniciativas, justamente hoy se inicia en Roma, promovida por nuestra Congregación, la octava sesión plenaria del Consejo Internacional para la Catequesis (CO.IN.CAT.), en la que participan alrededor de 30 (treinta) miembros, provenientes de los cinco continentes, y que tiene por tema "*Inculturación de la fe y lenguaje de la catequesis*". El problema de la inculturación de la fe es importante y no se trata de referirlo sólo a las culturas no occidentales. Este se pone también, con igual urgencia, en el mundo occidental, vista la peligrosa descristianización en acto.

Existe, de todas maneras, el riesgo de que la exigencia de inculturación sea entendida demasiado en abstracto y de que no se tenga en cuenta, adecuadamente, la real situación de la cultura. Aparte de alguna rarísima excepción de pequeños grupos, no existe ya en ninguna parte, un monolitismo cultural. En todos los grandes ámbitos culturales se encuentra, en realidad, una multiplicidad de culturas, frecuentemente distantes y diversas entre sí. En el campo de la catequesis es necesario decir que, de forma creciente, la práctica de la enseñanza catequética en las parroquias y, sobre todo, en las escuelas católicas, se debe confrontar con el problema de la multiculturalidad y de la multireligiosidad.

No debemos engañarnos pensando que esta situación de pluralismo cultural y religioso venga pronto superada. Ella nace de la propia configuración de la cultura contemporánea, que está esencialmente marcada por el pluralismo y la multiculturalidad.

Esta situación, de hecho, tiene notables consecuencias para la actividad catequística, que está llamada a afrontar, con seriedad y equilibrio, este desafío en el próximo futuro. A modo de ejemplo se podría decir que un presupuesto, para vencer tal desafío, es el que la catequesis conserve una profunda sensibilidad por la cultura religiosa popular (cfr. CT 54).

5. EL PERSONAL CATEQUISTICO

Uno de los mayores cambios que se han verificado dentro de la catequesis en la segunda mitad del siglo XX concierne, indudablemente, al personal

catequístico. De una mayoría de sacerdotes y religiosas se ha pasado a una casi totalidad de laicos, en su mayor parte mujeres. Esto es válido, sea para la catequesis parroquial, sea para la enseñanza de la religión en las escuelas católicas y en las públicas. Se trata, ante todo, de un dato del cual es preciso tomar nota. Con toda probabilidad esta situación no cambiará en los próximos decenios. Esta nueva dimensión de la catequesis - nueva si es comparada con la primera mitad del siglo XX - suscita diversos problemas que reclaman la atención de los catequetas y de los responsables de la pastoral catequética.

Existe, en primer lugar, una gran necesidad de formación de todo este personal. En muchas naciones este empeño formativo está haciéndose ya con toda la seriedad. A nivel de catequistas voluntarios (padres y madres de familia), sobre todo para la catequesis de los niños, esta formación es problemática y necesita mayor asistencia.

Existe, además, el problema de personal especializado para las nuevas tareas de la catequesis a nivel de adolescentes y adultos. También en este sector se siente la necesidad de formar a personas capaces de dirigir estas formas de catequesis.

Por cuanto se refiere a los enseñantes de religión en las escuelas: la dificultad de esta misión, en muchos países europeos y extra-europeos -de frente a una juventud fuertemente secularizada y escasamente cristiana-, es tal que induce a muchos al desánimo. En tales países se plantea, de forma creciente, el problema de encontrar candidatos que se preparen a la tarea de enseñantes de religión.

Pero también el planteamiento mismo de la formación de los catequistas deberá tener muy presente que no se vive ya en una sociedad cristiana, sino en un mundo fuertemente secularizado y pluralista, desde el punto de vista cultural y religioso. Se trata de formar, a través de una apropiada catequesis, cristianos capaces de vivir con autenticidad el propio testimonio cristiano en un contexto secularizado y pluralista.

En fin, existe el problema de la justa colocación y reconocimiento de esta inmensa multitud de catequistas - en su mayor parte mujeres - que, en diverso modo, se encuentra comprometida en el servicio de la Palabra de Dios.

Es preciso decir, de todas formas, que el catequista en general no puede ser considerado como un funcionario, puesto que es un cristiano con una vocación particular, el cual desarrolla en la Iglesia un rol de primaria importancia.

6. EL LENGUAJE DE LA CATEQUESIS

En la medida en que el mundo es menos cristiano y los destinatarios de la catequesis están, en su gran mayoría, faltos de válidas experiencias de vida

cristiana, el lenguaje de la catequesis resulta siempre menos comprensible. Nosotros, que estamos habituados a él, no nos damos cuenta quizás suficientemente cuánto éste lenguaje -para nosotros "familiar"- puede resultar, en cambio, extraño y "no familiar" a otros, que no tienen la misma experiencia.

A este propósito sería necesario afirmar que el lenguaje del catecismo no es identificable con el lenguaje de la catequesis. Aquel, en efecto, es solamente uno de los lenguajes usados para la transmisión de la fe. De hecho hoy la mayor parte de los catecismos son, sobre todo, una autorizada exposición de la fe, en un determinado contexto cultural, al servicio de aquellos que son ya cristianos.

No tienen, sin embargo, la pretensión de presentar un lenguaje apropiado para el primer anuncio del Evangelio, o un lenguaje didáctico o de iniciación para aquellos que están en el umbral de la fe o que todavía no la han descubierto.

De este problema del lenguaje de la catequesis se habla desde mucho tiempo. Sin embargo, no parece que se haya resuelto adecuadamente. Sin duda no es fácil conjugar la búsqueda de un lenguaje comprensible al hombre de hoy y la preocupación de no perder términos y formas de decir, que se remontan incluso a la primera tradición cristiana o que han sido usados durante largos siglos en la catequesis, en la predicación y en la enseñanza autorizada de la Iglesia.

El problema del lenguaje, en el campo catequístico, es el problema del modo adecuado de transmitir la verdad. A tal propósito me parece útil citar lo afirmado por el Papa Juan XXIII en el Discurso de apertura del Concilio Vaticano II:

De la renovada, serena y tranquila adhesión a toda la enseñanza de la Iglesia en su integridad y precisión..., el espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero espera un paso adelante en la penetración doctrinal y en la formación de las conciencias. Es necesario que esta doctrina cierta e inmutable, que debe ser fielmente respetada, sea profundizada y presentada de modo que responda a las exigencias de nuestro tiempo. Porque, en efecto, una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades contenidas en nuestra doctrina, y otra es la forma en la cual vienen enunciadas, conservando en ellas, sin embargo, el mismo sentido y la misma fuerza. Será necesario, pues, atribuir mucha importancia a esta forma de transmisión y, si es preciso, se insistirá con paciencia en su elaboración. Y se deberá recurrir a un modo de presentar las cosas que mejor corresponda al magisterio, cuyo carácter es preeminentemente pastoral (AAS. LIV, [1962], pp.791-792).

Hoy, dada la situación misionera o escasamente cristiana en la que se realiza el anuncio del Evangelio, el problema del lenguaje se plantea con nueva

urgencia y dificultad. Así por ejemplo, por cuanto se refiere específicamente a los grandes medios de comunicación social, estamos todavía en los primeros ensayos. Estamos acostumbrados, en la práctica catequética y en la predicación, a hablar a pequeños grupos. Pero no sabemos bien todavía cómo conviene dirigirse a las grandes masas y con medios de difusión continental o planetaria.

7. CATEQUESIS E IGLESIA DEL FUTURO

De todo lo sumariamente señalado se deduce que la catequesis, para la Iglesia del futuro, deberá tener una importancia mayor que la que ha tenido en el pasado reciente. Y esto por la simple razón de que, en el actual contexto notoriamente misionero o de primera evangelización, es mucho más difícil confiar la trasmisión de la fe al juego espontáneo y casi natural de la familia, de la escuela y de la cultura ambiental. Todos estos factores, que durante siglos han sido elementos fundamentales de la trasmisión de la fe y constituían el ambiente en el cual el aprendizaje del catecismo era natural, hoy están profundamente cambiados.

Las actividades organizadas para la enseñanza catequística deberán cuidar más explícitamente aquellos elementos que comporta el llegar a ser cristiano, como ha sido indicado en el Rito de la Iniciación Cristiana de Adultos.

A esta tarea está llamada la Iglesia del próximo milenio: sus Obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los laicos y, en particular, los padres de familia. Es el desafío que cada uno de nosotros debe afrontar. Pidamos al Espíritu Santo que nos ilumine y nos dé el coraje del testimonio personal y la fuerza de empeñar todos los medios a disposición para responder a las exigencias de la catequesis moderna, tal como el mundo de hoy reclama.

8. EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA

Deseo ahora decir algo, como conclusión, sobre el "*Catecismo de la Iglesia Católica*" o "Compendio de la doctrina sobre la fe y la moral".

Como bien sabéis, prensa y televisión han dado relieve al *Catecismo de la Iglesia Católica* con ocasión de la aprobación oficial, dada por el Santo Padre el pasado 25 de junio. Se puede razonablemente prever que darán mayor relieve con ocasión de su próxima promulgación. Este Catecismo, solicitado por el Sínodo de Obispos de 1985, fue querido, como se sabe, por el Santo Padre, el cual, el 10 de julio de 1986, constituyó una Comisión de Cardenales y Obispos, presidida por el Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Como Secretario de la Congregación para el Clero no puedo, por tanto, decir mucho al respecto; pero como representante de un Dicasterio de la Santa Sede, al cual pertenece la competencia sobre la catequesis, no puedo dispensarme de una breve alusión.

El Catecismo de la Iglesia Católica va, sobre todo, puesto en relación con el *Directorio Catequístico General*. Se recordará que la tercera parte de este Directorio comprende dos capítulos. El primero ofrece criterios generales para la elección de los contenidos (37-46), mientras que el segundo, redactado ya en 1971 por la Congregación para la Doctrina de la Fe, ofrece un elenco de las verdades de la fe (47-69). En un cierto sentido, el Catecismo de la Iglesia Católica viene a sustituir este segundo capítulo de la tercera parte del mismo Directorio. De por sí, en consecuencia, no debería abolir ni modificar la legislación catequética actualmente existente.

Aflora oportuna, además, una advertencia: de la próxima publicación del Catecismo de la Iglesia Católica no conviene sacar la impresión que el único o el principal problema de la catequesis en el mundo contemporáneo sea ahora el librito del catecismo. Sería demasiado simple pensar que gran parte de los problemas, a los cuales debe hacer frente la acción catequética, y que he intentado evidenciar en mi intervención, puedan ser resueltos con la publicación de un catecismo. La Comisión Editora subraya justamente que el catecismo es solamente "*uno de los medios* -si bien privilegiado, pero no el único y ni siquiera exclusivo- *de la catequesis*" (Dossier Informativo, p.28). Además, la misma catequesis no es totalidad del Ministerio de la Palabra en la Iglesia. Están también: "La evangelización, la homilía, la investigación teológica, la enseñanza de la religión, la celebración de la Palabra..." (ibid).

En esta reunión internacional parece obligatorio afrontar una objeción de fondo. Entre los catequetas se teme que este Catecismo de la Iglesia Católica sea una especie de tentativo de imponer un monolitismo catequístico en la Iglesia.

Para disipar un tal temor se pueden citar las mismas palabras del Santo Padre Juan Pablo II, el cual, al saludar a la Pontificia Comisión para la preparación del "Catecismo" se expresaba así:

El Catecismo que estáis llamados a elaborar se coloca en el surco de la gran tradición de la Iglesia, no para sustituir a los Catecismos diocesanos o nacionales, sino a fin de que sea para éstos "punto de referencia". No quiere ser, pues, un instrumento de aplastante "uniformidad", sino una importante ayuda para garantizar "la unidad de la fe", que es una dimensión esencial de aquella unidad de la Iglesia que surge de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La misma práctica seguida por nuestra Congregación para el Clero durante este período post-conciliar se sitúa en el surco de aquella tradición a la que ha hecho referencia el Santo Padre. Por lo cual no parece que se pueda hablar de una política de monolitismo catequístico.

En los últimos decenios se ha hecho un esfuerzo muy grande en el redactar nuevos catecismos para niños, adolescentes y adultos. La Congregación no sólo no ha obstaculizado este esfuerzo, sino que frecuentemente lo ha estimulado porque ha retenido y retiene que es importante que, en cada ámbito cultural, exista una expresión autorizada de la fe católica, en la cual todos los cristianos puedan encontrarse y que sirva, también, como punto de referencia doctrinal para la formación catequística.

Si además, alguien quisiera comparar entre sí estos catecismos y Directorios catequísticos nacionales, que han sido aprobados por la Congregación para el Clero, constataría sin duda que, en este campo, no hay ninguna forma de monolitismo o de nivelante uniformidad. Estos Catecismos y Directorios nacionales son bastante diversos entre sí, aún siendo todos válidos instrumentos, redactados conforme a las exigencias del *Directorio Catequístico General*.

En necesario, por desgracia, constatar que, en bastantes países, por comprensibles razones históricas o económicas, faltan todavía estructuras organizativas y de personal competente para redactar catecismos nacionales. En otros países, los mismos obispos experimentan gran dificultad para encontrar un acuerdo sobre la formulación misma de un catecismo nacional.

Pero también los fieles de un país o de un mismo ámbito cultural, frecuentemente muy distintos bajo el aspecto socio-eclesial, deben estar en condición de encontrarse unidos en la formulación del mismo catecismo. En un contexto pluralista y multicultural, esta tarea no es ciertamente fácil. La búsqueda fatigosa y sufrida de una expresión unitaria, en la cual todos los cristianos de un determinado ambiente puedan reconocerse y que, al mismo tiempo, permita a la fe cristiana una presencia eficaz e inculturada, es un compromiso fundamental para la catequesis.

Es cuanto todos nos auguramos y nos empeñamos en realizar. ¡Gracias!